

9/8590

LA PRENSA  
COMO PODER DEL ESTADO

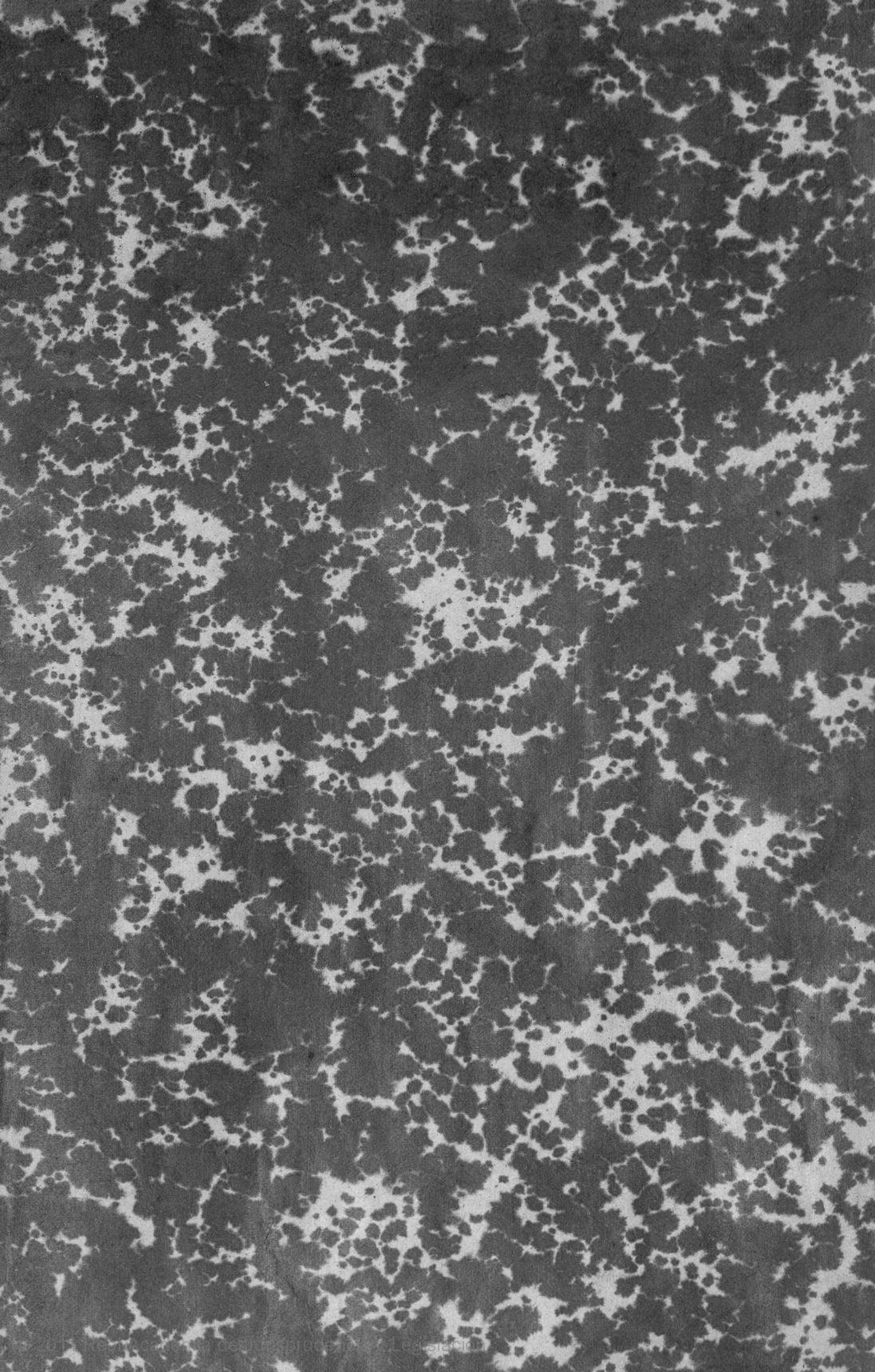


À LA REAL ACADEMIA  
DE  
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION



54.H.







~~19-14~~

54 h











# LA PRENSA COMO PODER DEL ESTADO







15 <sup>I</sup> / 27  
9/8590

LA

# PRENSA COMO PODER DEL ESTADO

## MEMORIA

PRESENTADA EN 11 DE DICIEMBRE DE 1883

Á LA

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

POR

D. TELESFORO MAROTO CANORA

ABOGADO Y ACADÉMICO NUMERARIO

*A la R. Academia de Jurisprudencia  
y Legislacion el último de sus Acadé-  
micos*

*7 de Junio de 1883 T. Maroto Canora*

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO

Ronda de Valencia, 8, y Amparo, 102

1884





---

*Es propiedad del autor, quien  
ha hecho el depósito que previene  
la Ley de Propiedad literaria.*

---





AL EXCELENTÍSIMO  
SEÑOR DUQUE DE VERAGUA

—

*Recuerdo, y siempre recordaré con la mayor satisfaccion, haber merecido de V. E. que, sin conocerme, me atendiese y despues me dispensara su valiosa proteccion en circunstancias que nunca podré olvidar.*

*Predispuesto, por carácter y por educacion, á sentir los más puros y nobles afectos, es mi gratitud tan inmensa desde entónces y tan vivo mi reconocimiento, que, convencido de la imposibilidad de expresarlos fielmente por medio de la palabra, con ser tan rica nuestra hermosa habla castellana, tengo el más ardiente deseo de dar á V. E. un testimonio y una prueba de ese reconocimiento y de esa gratitud con hechos que, áun cuando sean débil reflejo de los sentimientos en que se inspiran, siempre son de suyo más elocuentes que pueden serlo las más estudiadas y expresivas frases.*

*Al publicar hoy este modestísimo trabajo, primer ensayo de mis débiles fuerzas en el género de literatura académica, me atrevo á dedicársele, obedeciendo á los impulsos espontáneos de mi corazon, con la esperanza de que, sin reparar en su escaso valer y mérito intrínseco, se dignará V. E. acogerle con su proverbial bondad, otorgándome así un alto honor y una distincion señaladísima que constituirá un título más al agradecimiento sin límites del que se repite de V. E. con la más respetuosa y distinguida consideracion atento afectísimo seguro servidor*

Q. B. S. M.

TELESFORO MAROTO CANORA

Madrid 1.º de Octubre de 1884.











SEÑORES ACADÉMICOS:

Al modo que los elevados cipreses descuellan sobre los humildes lirios, según la poética imagen del primer vate del Lacio, el hijo esclarecido de Mántua, así también sobresalen Grecia y Roma entre todos los pueblos de la antigüedad.

Cuanto más en lontananza se descubre la civilización griega, cuanto mayor es el espacio de tiempo que del observador la separa, tanto mayor es el asombro que produce en el ánimo y más fácilmente se explica el vigoroso renacimiento que en el siglo actual ha tenido el *helenismo*, sobre cuyos fogosos detractores han venido á triunfar al fin y al cabo sus admiradores entusiastas, sus ardientes apologistas.

Ello es que hoy acuden á buscar inspiración en sus fuentes históricas cuantos se proponen estudiar, exponer ó discurrir sobre asuntos de Bellas Artes, de Ciencias, de Filosofía ó de Política. En la numerosa pléyade de sus celebridades hay muchos nombres que aún se consideran en nuestros días como autoridades respetadas y respetables en la república de las Artes, de las Ciencias y de las Letras.

Artista por excelencia, el pueblo griego ofrece y presenta en todas las manifestaciones del gusto y de la belleza mo-



delos admirables que en los siglos posteriores fueron, como hoy lo son y como continuarán siéndolo en los vastos horizontes del porvenir, el tormento y la desesperacion de innumerables imitadores que, no sólo no les aventajan, sino que no han llegado, y tal vez nunca lleguen, á colocarse á su nivel, á su altura, así en cuanto á la concepcion como en cuanto á la ejecucion de esas obras, que con justicia merecen el honor de ser estimadas como maravillas artísticas.

¿Quién ha igualado á Homero en la poesía épica?

¿Quién puede competir con Píndaro y con Anacreonte en la lírica?

¿Acaso no llevan todavía el cetro de la tragedia Esquilo, Sófocles y Eurípides, modelos eternos que con afan incesante van á estudiar los grandes escritores trágicos?

Copian, y copiarán siempre, á Fídias y á Praxitéles todos los que aspiran á reproducir con el pincel, con el buril y el cincel las formas armónicas de la Naturaleza, la belleza llamada plástica.

Nadie disputa á Herodoto los títulos legítimos que le han valido el gloriosísimo nombre de *Padre de la Historia*.

Y por fin, Demóstenes y Eschines tocan en las más altas cimas, en las cumbres más elevadas de la elocuencia.

Hombres como Empédocles, Euclídes, Arquímedes, Pitágoras, Aristóteles y otros muchos que pudieran citarse, han hecho en las Ciencias exactas, físicas y naturales profundas observaciones, formulando axiomas, estableciendo clasificaciones y descubriendo leyes que, no sólo han resistido la disolvente accion del tiempo, sino que, habiendo alcanzado la sancion de los siglos, constituyen principios fundamentales, de donde arrancan y sobre los que descansan, como sobre bases incommovibles, los portentosos y admirables progresos en todas esas Ciencias realizados hasta la hora presente.



Fuera del Cristianismo, ni ántes ni despues, jamás la razon humana se ha elevado á las alturas en que vivieron los genios filosóficos de Grecia, cuyos sublimes conceptos, cuyas ideas metafísicas han inmortalizado á Sócrates, el proto-mártir del monoteismo; al divino Platon, al célebre filósofo de Estagira, y á tantos otros que, afirmando la existencia de un Dios distinto del Mundo, la espiritualidad del alma humana y, lo que es consiguiente, el libre albedrío, dejaron muy atras los oscuros é incomprensibles sistemas filosóficos de la India, de la China, de la Persia y del Egipto, protestando de antemano contra los errores filosóficos posteriores que han intentado negar ó poner en tela de juicio verdades tan primordiales y necesarias que constituyen la base sólida y firmísima del Derecho natural.

Bajo el punto de vista político, la antigua Grecia se nos presenta igualmente como el pueblo más adelantado de aquellos remotos tiempos, ofreciendo á nuestra meditacion obras como *La República* de Platon y *Las Leyes* de Aristóteles, quienes por ellas serían inmortales si ya no lo fueran por otros muchos y respetables títulos. Su historia evoca necesariamente el recuerdo y la memoria de legisladores y estadistas tan famosos y tan célebres como Solon, Licurgo, Epaminondas, Temístocles y Perícles.

Permitidme, señores Académicos, que me detenga, si quiera sea brevemente, á hacer ligerísimas consideraciones sobre el último, que dió nombre á su siglo y ejerció, sin ocupar puestos oficiales ni desempeñar magistraturas, una influencia incontrastable y bienhechora en los destinos de su patria, haciéndose eco fiel de las verdaderas necesidades de sus conciudadanos, ilustrando la opinion pública acerca de las cuestiones más importantes y trascendentales, apartándola de los rumbos y de los derroteros que él consideraba extraviados y peligrosos; en una palabra, dominando é impo-



niéndose á todo y á todos con el poder más legítimo y superior, con el primero de todos los poderes, con el poder de una gran inteligencia y de una gran pureza y rectitud de intencion, de propósitos, de sentimientos, de verdadero patriotismo.

Los defensores de los Gobiernos populares, de las formas políticas que se inspiran en los principios de justicia y de conveniencia, tales cuales los comprende la opinion pública ilustrada, amante del verdadero bienestar material, moral é intelectual de su país y de su nacion, nunca admirarán bastante el brillantísimo papel desempeñado por aquel grande hombre que, dedicado al estudio y á la meditacion de los problemas más interesantes para su pueblo, vivía en oscuro y modesto retiro, que sólo abandonaba cuando iba á la plaza pública, y con el poder de su elocuencia y con la sinceridad de su innegable patriotismo exponía su criterio, daba su dictámen, siempre que lo estimaba necesario, conveniente ú oportuno, llevando el convencimiento y la persuasion al ánimo y á la voluntad de sus compatriotas, quienes traducían las soluciones por él propuestas y formuladas en leyes que merecían ser tenidas por sábias, justas y de práctica utilidad.

¡Convendría muchísimo hacer, si es que no la hay, lo cual ignoro, una buena monografía acerca de la influencia política de Pericles sobre los hombres de su época en la gloriosa ciudad de Minerva!

Permitidme, en el caso de que no la haya, proponer á talentos superiores, á ilustraciones reconocidas y á plumas mejor cortadas que la mía la realizacion de una obra tan interesante y de una empresa que tan grandes beneficios puede reportar á los pueblos modernos, y muy especialmente al nuestro, cuyo cuerpo electoral tan necesitado se halla de ilustracion, independencia y moralidad.

De los dos elementos que constituyen la ley providencial



del progreso, la unidad y la variedad, predominó en Grecia este último en grado tal, que, siendo nulo ó casi nulo el contrapeso de la unidad, hubiera caído en los horrores de la anarquía y de la disolución social, á no venir en su auxilio, cumpliendo altos destinos, la civilización romana.

Si Grecia dió poderosísimo impulso á la Filosofía y á las Bellas Artes, resumiendo en síntesis brillantísima todos los adelantos y los conocimientos todos de los pueblos orientales que le habían precedido en la serie de los tiempos ó de los países que con ella comunicaban por relaciones artísticas, literarias, científicas, mercantiles, y aún por medio de sus guerreras aventuras y de sus expediciones belicosas, de donde resulta el carácter culminante que la da á conocer más y más á medida que los estudios y los descubrimientos de los *helenistas* van completando la exposición de los hechos verdaderos que forman su gloriosísima historia, su gran civilización y su misión altísima en los destinos de la Humanidad, Roma, haciendo suyas las conquistas intelectuales de los griegos, después de haberlos sometido á su dominación, viene á ser el pueblo frío y razonador que había de consagrarse con preferencia al estudio de la Ciencia del Derecho en todas sus manifestaciones, llegando luego en algunas de sus ramas más principales tan allá, que con toda justicia se ha llamado á su Derecho civil, especialmente en materia de obligaciones y contratos, *la razón escrita*, pudiendo muy bien poner á su final aquella célebre inscripción de las Columnas de Hércules, *Non plus ultra*.

Soldados y jurisconsultos á la vez los romanos, sin la veleidad que distinguía á los griegos, formularon en códigos inmortales principios que, combinados después con los elementos que aportaron el Cristianismo y las tribus germánicas, han dado origen á nuestra gran civilización actual, sirven de fundamento á nuestro evidente progreso y marcan el punto



de partida y el rumbo que deben seguir las generaciones venideras para acercarse más y más al ideal de la Humanidad, al mayor bienestar material, moral é intelectual posible en el mayor número posible, concepto sublime de la civilización verdadera, según la autorizada y competentísima opinión del gran Balmes, uno de los pensadores más profundos y de los más brillantes escritores de la España contemporánea.

Perteneciendo al Derecho político el problema que en esta modestísima *Memoria* me propongo resolver, así como al hablar de Grecia llamé un tanto vuestra atención sobre la gran figura del célebre Pericles, de igual modo he de recordaros algo de lo que en la historia de Roma se refiere y tiene más íntima conexión con mi tesis.

Los períodos de la historia de ese gran pueblo, más interesantes para los que buscan solución á las cuestiones que surgen de las formas y de las instituciones populares, hoy tan importantes en los pueblos modernos, únicas que han de dominar en el porvenir, cuando la moralidad, la independencia y la ilustración sean patrimonio de hecho y de derecho en la mayoría de los ciudadanos, son aquellos primeros tiempos de la Monarquía electiva y aquellos otros de la República hasta la formación de los Triunviratos, que degeneraron en Dictaduras, de las que nació al fin el Imperio, á cuyas manos murieron las libertades populares, reemplazando su poder, ántes representado por las *gentes*, por las *tribus*, por las *curias* y por las *centurias*, con el poder personal de los déspotas y de los monstruos que convirtieron aquel gran *Senado romano* en instrumento complaciente y servil de sus caprichos, en mercenario y despreciable ejecutor de sus inicuos proyectos, de sus decretos horribles y de sus sangrientas hecatombes, de que se servían para sostenerse en el trono, donde muchos de ellos morían alevosamente asesinados, así como muchos de ellos se habían valido para escalarle



de una soldadesca soez y desenfrenada, cuya desmoralización había de precipitar la ruina de ese coloso que la Historia llama el Imperio Romano.

El patriotismo y la elocuencia de aquellos primitivos romanos que en los comicios contribuían á la formación de las leyes, encerraba el gérmen del futuro poderío de Roma, llevándola á la conquista del mundo conocido y preparándola para llenar la misión, que Dios le confiara, de acercar unos á otros todos los pueblos, de estrechar los vínculos y las relaciones de unas razas con otras razas, á fin de que se propagasen y se extendieran entre el género humano las divinas enseñanzas de Cristo, cuyo Evangelio contiene en toda su pureza y en su más elevada expresión los grandes principios de *Justicia, Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

Cierto es que en Grecia y Roma existía la horrible institución de la esclavitud, aún no bien extinguida en nuestros días, por cuanto subsiste todavía con el nombre de patronato, y es de fecha muy reciente el nunca bien alabado decreto de un ministro español suprimiendo en nuestras colonias americanas castigos tan inhumanos como el cepo y el grillete, que constituían para la España moderna la más ignominiosa de las afrentas. Cierto es que, en uno y en otro pueblo, el número de esclavos era muy superior al de hombres libres. Verdad es que en ninguno de esos dos Estados se nutría la legislación con el espíritu y con la sávia que brota de la igualdad natural de todos los hombres; que no se distinguían, como se distinguen hoy, la libertad civil y la libertad política; que aquélla, tan indispensable en las modernas sociedades, era desconocida ó subordinada y pospuesta á la segunda, hasta el punto de que en Roma eran más estimados el *jus honorum* y el *jus suffragii*, derechos meramente políticos, que el *jus connubii* y el *jus commercii*, derechos esencialmente civiles. Innegable es, por último, que no se



tenía allí noción clara ni conciencia de la libertad individual, de los derechos inherentes á la personalidad humana, sacrificada muchas veces en aras de un mal entendido derecho ó interes del Estado.

Pero si todo eso es cierto é innegable, innegable y cierto es tambien que en ellos se encuentran los gérmenes del gobierno popular, de las formas, en que, descartado el supuesto *derecho divino* de los reyes, se reconoce el poder superior de la inteligencia que representa, ilustra y dirige á la opinion pública; en una palabra, que en las plazas de Grecia y en aquel célebre *Foro romano*, donde tantas veces resonó la voz elocuentísima de Ciceron, el gran jurisconsulto y el primer orador de Roma, se asentaba el poder superior á todos los poderes.

No vuelve el pueblo despues á tener intervencion en las altas esferas del Poder y del Gobierno, cuyas elevadísimas funciones se reconcentran, ora en las manos de los emperadores, cuya voluntad, cuyas veleidades, cuyos caprichos se reputan como leyes emanadas de la Divinidad, ora en las de serviles y corrompidos favoritos que, dedicados á halagar los apetitos y las pasiones de sus augustos amos, para conservar su privanza, tiranizan á los súbditos, sin preocuparse para nada de respetar sus derechos ni de procurar por su prosperidad y bienestar. Esto es lo que sucede en el Imperio Romano hasta su division entre los hijos de Teodosio; esto ocurre en el de Occidente hasta la irrupcion de los bárbaros, y continúa prolongándose en el de Oriente, cuya mísera existencia y dilatada agonía testifica la Historia en las tristes páginas que llenan la *decadencia bizantina* y las miserias del *Bajo Imperio*.

Los filósofos y los políticos, sin negar la accion de la Providencia, descubren principalmente el dominio de la fuerza en todo ese período que empieza con los Neronés y Calí-

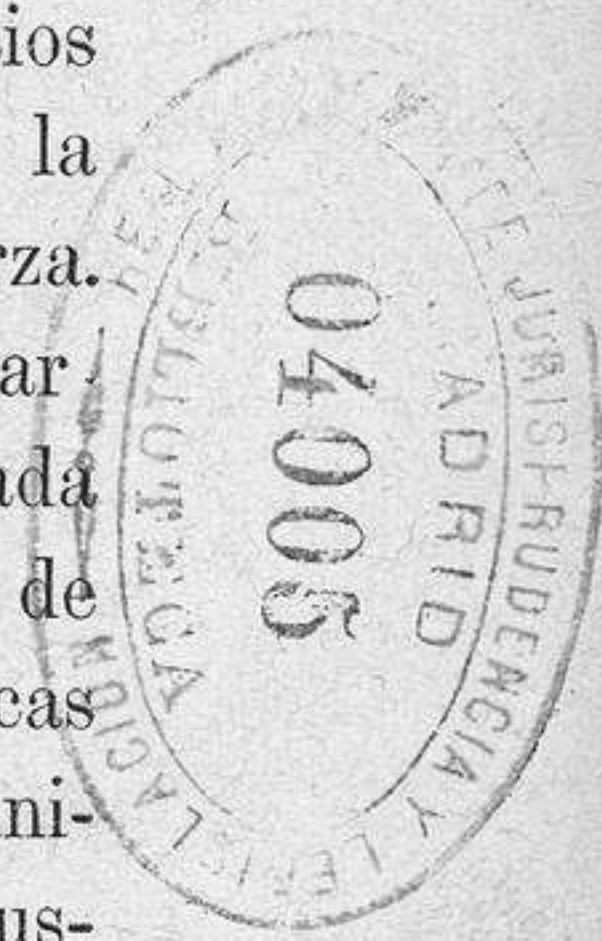


gulas, acabando con el hacinamiento de ruinas y de escombros que sepultaron con su pesadumbre del Romano Imperio la colosal grandeza.

Aparte de las asambleas de los germanos, en el fondo de las selvas ó á orillas de los ríos, tan bien descritas por Tácito, á quien debemos el conocimiento de sus costumbres, así como su gran amor á la dignidad personal y su ferviente culto á la libertad individual; aparte del brillante período de nuestra Monarquía visigoda, en que se celebraron los grandes Concilios de Toledo y se elaboró ese Código aún vigente hoy con el nombre de *Fuero-Juzgo*, ni en los oscuros siglos de la Edad Media, ni en los tiempos en que se desarrolló, llegando á su mayor apogeo, el Feudalismo, aparecen indicios de Gobiernos populares, imperando vigorosamente, no la santa fuerza del derecho, sino el derecho brutal de la fuerza.

Es necesario llegar á los días de nuestra célebre Monarquía aragonesa; á la época de la *Carta Magna*, arrancada á Juan Sin-Tierra por los barones ingleses; á los tiempos de las Comunidades de Castilla y á las pequeñas repúblicas italianas, aunque aristocráticas, hijas de las libertades municipales, para vislumbrar los gérmenes y los destellos de justicia y de libertad, que son las bases en que descansar deben las Constituciones que han de regir á los pueblos que, sin perder de vista la realidad histórica del momento, buscan y siguen el ideal de la Ciencia política, á cuyos progresos tanto han contribuido el descubrimiento de la Imprenta, los escritos de los filósofos y las enseñanzas y provechosas lecciones que ofrecen, así la Revolución inglesa del siglo XVII, como la francesa de fines de la pasada centuria.

En grado diverso, todas esas causas han contribuido poderosísimamente á la superioridad incontestable que el Derecho político moderno tiene sobre el de las pasadas edades, en que sin discusion se reconocían como principios axiomá-





ticos *el derecho divino* de los reyes, el carácter patrimonial de las monarquías, la obediencia ciega de los súbditos, obligados á cumplir todas las disposiciones de los poderes supremos, áun las más absurdas, y á pagar religiosamente y con matemática exactitud los *pechos, gabelas, alcabalas* y tributos, sin réplica y sin protesta, no obstante que muchas veces fueran inconvenientes y abiertamente perjudiciales á los altos intereses de los pueblos.

Ni la antigüedad ni los siglos medios conocieron una institucion, cuya influencia es innegable, siendo innecesario que me detenga aquí á ensalzarla, despues de lo mucho que sobre ella se ha hablado y se ha escrito: me refiero á la Prensa periódica en general, y á la política en particular, que por sí misma ha logrado y conseguido, mal que pese á algunos, elevarse á la categoría de verdadera institucion. Abusaría inconsideradamente de vuestra benévola atencion si me detuviera á hacer su historia, ya porque en ello invertiría un tiempo excesivo; ya, principalmente, porque sería ocioso mi trabajo, convencido, como estoy, de que todos vosotros la conoceis ántes que yo y mejor que yo.

Sin embargo, para que mi pobre disertacion sea en este punto ménos deficiente y ménos incompleta, bueno es hacer constar, por vía de consideraciones generales, que en sus principios, humildes como los de todas las cosas humanas, pasó ignorada ó desapercibida de los privilegiados y de los grandes, en quienes hallábase vinculado el poder; que, luégo que creció y se desarrolló algo más, excitó contra sí las iras y las persecuciones de las autoridades constituidas, á quienes necesariamente había de desagradar por su carácter fiscalizador; y que, últimamente, atacada y combatida más ó ménos enérgicamente, hasta en la misma Inglaterra, modelo y país clásico donde dirigen sus miradas, y cuyas instituciones y costumbres públicas elogian y procuran imitar, todos los es-



tadistas amantes de las nuevas ideas, han sido precisos grandes trastornos, grandes mudanzas, catástrofes y revoluciones para alcanzar la importancia que hoy tiene, no sólo en los pueblos más adelantados, sino aún en aquellos que por sus instituciones políticas marchan á la zaga, como Alemania, Rusia y Turquía. Y me abstengo de hablar acerca de lo que en el porvenir será, porque de lo que me falta que decir, si ya no lo supiérais, lo comprendereis y deducireis fácilmente cuantos considereis fundadas y admisibles mis ideas y mis afirmaciones.

Si bien esa influencia de la Prensa es un hecho innegable, de esos que no pueden ponerse en tela de juicio, estimo importantísimo disertar acerca de lo que es la Prensa política, de lo que constituye su verdadera y altísima misión, así como también sobre la naturaleza y excelencia del verdadero poder que le corresponde desempeñar en la gobernación de los pueblos, señalando el puesto y el lugar que ese poder debe ocupar entre los demás poderes, á medida que las sociedades progresan y se aproximan á la realización, en lo posible, de los ideales de la Ciencia, que llama á todos los ciudadanos á intervenir más ó ménos directamente en la gestión de los negocios públicos y en la administración de los intereses comunes.

Formulando clara y brevemente el pensamiento que me propongo exponer y desarrollar en esta desaliñada é incorrectísima MEMORIA, digo que

*La Prensa política es el primero de todos los Poderes del Estado, cuando responde, en lo posible, á su altísima misión.*

Ántes de entrar en el fondo de la cuestión, nada más oportuno, conveniente y lógico que definir, exponer y determinar la significación, el sentido y el concepto de los términos y de las expresiones que constituyen mi tesis.



¿Qué debe entenderse por Prensa política?

¿Cuál es y en qué consiste su altísima misión?

¿De qué naturaleza es ese poder que debe colocarse en primer lugar?

Entiendo por Prensa política las publicaciones diarias ó que aparecen en períodos determinados bajo la forma de periódicos, revistas ó folletos que, excluyendo por su índole y naturaleza las condiciones del libro, tienen por objeto y por fin, no la defensa, el progreso y el desarrollo de derechos é intereses particulares, como los profesionales, los de corporaciones ó empresas determinadas, sino de la justicia y del derecho en su acepción general, así bajo el punto de vista constituyente como del constituido, á la vez que de los grandes intereses comunes y sociales de un país, de un pueblo, de un estado, de una nación.

Su misión, que yo considero altísima, no es fácil ni sencilla, sino muy complicada; y para realizarla, hasta donde posible sea, hay necesidad de vencer grandes obstáculos, serias dificultades, escollos terribles, para todo lo que son necesarios elementos complejos y poderosísimos. Esa misión presenta tres fases, tres aspectos, que despues trataré con la debida extensión, limitándome ahora á señalarlos en la forma siguiente:

1.º Conocer á fondo y reflejar, en lo posible, la verdadera opinión pública en todo aquello que sea justo, razonable y legítimo, sin apasionamientos ni vacilaciones.

2.º Atacar, combatir y desarraigar las preocupaciones y los errores del pueblo, armonizando, en cuanto sea dado, los ideales sociales y políticos con la realidad histórica del momento.

3.º Adelantarse á estudiar concienzudamente todos los problemas de importancia vital para el país, á fin de que, ilustradas convenientemente las cuestiones que han de exigir



solucion más ó ménos breve, la opinion pública esté lo mejor preparada y dispuesta á adoptar, sin trastornos, sin violencias y con el menor daño posible de los que sientan lastimados derechos adquiridos, las oportunas determinaciones, convirtiendo en leyes los proyectos correspondientes.

El poder que da á la Prensa esa mision, realizada con la posible fidelidad y exactitud, es puramente moral en el órden humano que existe en la esfera del tiempo y del espacio; pero tan grande que, áun cuando no goza de la sancion legal ni tiene á su disposicion medios coercitivos, está sobre los demas Poderes, informándolos, influyendo en ellos, conteniéndolos dentro de sus límites naturales, con la más alta y la más imponente de todas las sanciones, que es la sancion del verdadero espíritu público, de la verdadera opinion pública que ve claro, que piensa con cordura, y que con rectitud de intencion quiere y desea el triunfo de la Justicia, del Derecho y del Bien en todas las esferas, desde las más humildes é ínfimas á las más importantes y elevadas.

Definido así el alcance, expuesto el sentido y explicados los términos de la cuestion, ántes de entrar en el exámen de la faz luminosa de la Prensa, que por tal tengo y considero su vida cuando realiza ó aspira á realizar en lo posible esa su mision, á fuer de imparcial, deber mío es tambien poner de manifiesto el reverso de la medalla, ó sean los puntos negros que en ella pueden notarse, y quizás se noten, por desgracia, en su modo práctico de funcionar, declarando de antemano que me propongo manifestar simplemente sobre el asunto mi opinion y mis convicciones bajo el punto de vista más general y más amplio, sin que sea mi ánimo aludir en son de censura, ni hacer la guerra más ó ménos encubiertamente, á personas ni á empresas periodísticas determinadas.

Mas, para abordar semejante punto, hay que tratar primero una cuestion prévia que surge y aparece desde luégo



como muy interesante. Y es la relacion íntima que tiene el estado, situacion y condiciones de un pueblo, material, moral é intelectualmente considerado, con la vida de la Prensa y con la manera de realizar su elevadísima mision.

Se comprende fácilmente la importancia y el interes que envuelve el conocimiento, si no exacto, lo más aproximado posible, de la situacion de un país para la vida digna, decorosa é independiente de los periódicos. En una nacion, cuya mayoría goce de una buena cultura intelectual, será grande la inclinacion á conocer los problemas que se agitan, que están sobre el tapete en espera de satisfactoria resolucion, hallando los órganos de la Prensa número considerable de suscripciones y de lectores. Y si éstos reúnen á su ilustracion condiciones de verdadera moralidad y de desahogado bienestar económico, sin duda alguna contribuirán poderosísimamente al sostenimiento decoroso y á la noble independencia de publicaciones dignas y respetables, haciendo que fracasen y mueran en flor, ó, mejor dicho, en estado de canuto ó de larvas, empresas que, para buscar el lucro, ofrecen sus servicios á intereses bastardos ó miserables, opuestos al bienestar general, que, con sofismas más ó ménos hábiles, procuran oscurecer y desfigurar.

Cuando se halla bajo el nivel material, moral é intelectual de una nacion, lógico y natural es que en ella se eche de ménos una Prensa que inspire respeto é influyendo en la opinion pública merezca el nombre de tal, por la sencilla razon de que no existe ni puede formarse una verdadera opinion pública en condiciones tan desfavorables. Entónces viven y prosperan publicaciones subvencionadas y sostenidas por agrupaciones, empresas y sociedades que necesitan ser defendidas, porque se proponen el crecimiento y desarrollo de sus intereses particulares á expensas y con daño del bien comun de la Nacion, convertida por tales me-



dios en mina que se procura explotar sin miramiento ni respeto alguno á los eternos principios de justicia ni á las altas consideraciones que merecer deben la general conveniencia y la pública utilidad.

En los desgraciados países donde, relativamente á su poblacion total y absoluta, es exiguo el número de los que disfrutan el triple beneficio de un bienestar material, de regular ilustracion y de indiscutible probidad, se presenta de ordinario el triste fenómeno de que reine el caos en el órden político y administrativo, de que exista eso que se llama *el fondo de los reptiles*, compuesto de sumas arrancadas á los contribuyentes para sufragar los gastos de periódicos que, ya se proponen extraviar la opinion pública á fin de que no pare mientes en los desaciertos, en los atropellos y aún en los verdaderos delitos que se toleran, consienten ó perpetrar desde los altos puestos de la Política ó de la Administracion; ya, cuando las *irregularidades* son tales que inevitablemente trascienden al conocimiento del público, obedecen al propósito de disminuir la impresion que deben causar, desvirtuando los hechos, dando violenta y forzada interpretacion á la ley ó leyes infringidas, ó echando la responsabilidad sobre empleados subalternos, por aquello de que *la cuerda se rompe siempre por lo más delgado*.

En tales naciones ejercen incontrastable influencia poderosas empresas de obras públicas, grandes sociedades financieras, como los Bancos privilegiados, Compañías de ferrocarriles que buscan y encuentran en la Prensa órganos asalariados y en los partidos políticos militantes, por no haber ó por no observarse una buena ley de incompatibilidades, protectores interesados, abogados influyentes para legitimar los abusos y las trasgresiones de ley, con que aumentan su provecho á costa del país, que ve y siente el mal sin poder oponerle oportuno y eficaz correctivo, sometiéndose mal



de su grado á la funestísima intervencion que en todo y para todo tienen, desde las capitales hasta las poblaciones más insignificantes, unos cuantos *mandarines*, más conocidos en nuestro idioma por el gráfico nombre de *caciques*.

Es desde luégo evidente que cada país tiene la Prensa que se merece, dadas sus condiciones de cultura, de riqueza y de moralidad; siendo ilustrada, digna y proba allí donde la mayoría disfruta en mayor ó menor grado de instruccion, de posicion desahogada y de virtudes cívicas que rechazan deshonorosas imposiciones, despotismos irritantes. En cambio, reinan y triunfan la confusion, la indiferencia y el escepticismo, alimentados y sostenidos por periódicos que viven y prosperan, donde no saben leer ni escribir; donde, á su crasa ignorancia, agrega una deplorable corrupcion la mayoría de los ciudadanos que, víctimas de inveterados vicios y sin criterio alguno, se dejan llevar de la última impresion ó se venden al mejor postor, como los *pretorianos* de Roma ó como los *genízaros* del imperio de los Osmanlíes.

Bosquejadas rápidamente las diversas condiciones que puede tener el medio en que se desarrolla la actividad de la Prensa periódica; indicados los escollos y los peligros exteriores que pueden apartarla y alejarla de su importantísima mision, interesa y conviene estudiarla en su organizacion, en su vida interior, que, bien examinada, puede explicar la existencia de aquellos puntos negros de que anteriormente os hablaba.

La institucion de la Prensa política, á semejanza del hombre, tiene una vida material, una vida moral y una vida intelectual. La clasificacion parecerá á algunos de vosotros ultramontana y anticuada: séalo ó no lo sea, yo, que no soy ultramontano, tomada la voz en su acepcion política, me valgo de ella porque cuadra y se amolda perfectamente á mis puntos de vista sobre la materia.



Antes de examinar las cuestiones que de ese triple aspecto pueden surgir, debo declarar que no doy importancia alguna á la distincion entre la Prensa de las capitales de los Estados y la de los departamentos, zonas ó provincias; porque, hechas las excepciones singulares que deban hacerse, y fuera de aquellos asuntos en que esta última tenga un interés más ó ménos directo, creo yo que los periódicos que se publican fuera de las capitales de los respectivos países suelen comunmente girar alrededor de la Prensa de estas grandes poblaciones, á la manera que los satélites giran en derredor de los planetas, ó al modo que éstos describen órbitas más ó ménos elípticas en torno de su sol, de su centro planetario.

La situacion económica es para la Prensa de mucha entidad, aún cuando debe subordinarse razonablemente al elemento moral y á la parte intelectual que tienen sobre ella superioridad, como en el hombre la tiene el espíritu sobre la materia, el alma sobre el cuerpo. La falta de recursos por una parte, y el mercantilismo de los propietarios ó de las empresas por otra, dan á los periódicos una vida anémica, que no otro nombre merece la existencia penosa que llevan los que, ya porque carecen de los elementos necesarios en personal y material, languidecen sostenidos por suscripciones arrancadas á compromisos de partido ó de amistad, ya porque, persiguiendo el lucro, haciéndolo cuestion de negocio, en el que preferentemente se busca hacer producir á un capital el mayor interés posible, viven sin dignidad, subordinando á ese fin todos los demas fines, ajustando á tan pobre criterio la norma con que deben tratarse todas las cuestiones importantísimas que en el órden social, político, administrativo, higiénico y otros de mayor ó menor trascendencia afectan al interés general bien entendido. En uno y en otro caso nótese, en esas redacciones, la falta de una bi-



biblioteca de ésas que tiene cualquier particular ilustrado, sin pretensiones de escritor, donde, más que el número y cantidad de volúmenes, llame la atención su calidad é importancia, de modo que siempre pueda servir de consulta para impedir errores de concepto, anacronismos, equivocaciones geográficas y de cualquier otro orden en las que fácilmente puede incurrir el redactor que, improvisando y fiándolo todo á su memoria, más ó menos fiel, tiene que escribir *de omni re scibili*. En uno y en otro caso, se retribuye mezquinamente al escritor, cuya situación precaria se explota, equiparándole al bracero, convirtiéndole en *máquina de llenar cuartillas con pié forzado*, imponiéndole duras condiciones que, si no acepta, porque subleven con razón su ofendida dignidad, hacen que se le sustituya y reemplace con algun ignorante atrevido que sepa *hilvanar palabras y zurcir frases* que, aún cuando nada sustancial contengan, basten y sirvan para llenar espacio. En uno y en otro caso, por fin, es deficiente su servicio, y prescinden de atenciones tan importantes como la de recibir y satisfacer las quejas y reclamaciones del público que va á denunciar abusos, y la de alentar á los escritores noveles que, llenos de buena fe y de generosas ilusiones, presentan ó en los buzones depositan originales, sin que haya nadie que los lea y examine, eligiendo para la publicidad aquellos que lo merezcan, echándose cuanto no va recomendado al fondo de un recipiente cuyo contenido, luégo que se llena y es preciso desocupar, se arroja al fuego, como pudiera hacerse en tiempo de Torquemada, ó se vende al peso, como se venden en junto trastos viejos en forzada almoneda. Con lo expuesto basta y sobra para comprender los inconvenientes que de su vida económica pueden nacer para la Prensa, porque, dada la íntima relación que este aspecto tiene con los otros dos, á los que se halla profundamente ligado, al tratar aquéllos se pon-



drán de manifiesto; que tal es la trabazon de esos tres aspectos entre sí, que no es posible señalar con precision y exactitud las fronteras que les separan y dividen.

Viendo que me ocupo en hacer consideraciones acerca de la vida moral de la Prensa, quizás algunos se extrañen y sorprendan, creyendo este punto ocioso y desprovisto en absoluto de toda importancia, porque la moralidad y la inmoralidad sólo pueden reconocerse en el hombre dotado de razon y de libre albedrío. Mas, si bien lo piensan, si fría y serenamente lo meditan, se convencerán pronta y fácilmente de que merece estudio detenido este aspecto, que acaso sea, entre los tres, el más digno de llamar la atencion, por cuanto la Prensa, si es elemento poderosísimo para moralizar, lo es aún más para destruir, corromper y desmoralizar cuando, en el ejercicio de sus funciones, rebasa sus naturales límites.

Y esos límites trazados están con toda certeza, no ya por el estrecho criterio de los partidarios de lo pasado en toda su *integridad*, ni por las reglas y preceptos de la moral católica, para mí la única sublime y verdadera, ni tampoco por los de cualquiera otra moral correspondiente á las religiones positivas restantes que en la actualidad tengan adeptos más ó ménos fervorosos, creyentes de peor ó mejor buena fe, sino por la moral universal, ó, mejor dicho, por la moral natural, por ese conjunto de verdades primordiales, de principios de bien obrar grabados por Dios en la conciencia de todo hombre, sea cual fuere su raza, su color, su religion, su país, sus costumbres, su modo de ser y su modo de vivir.

Dejando á un lado la esfera teológica, sin hacer relacion á las abstracciones de la Metafísica, y prescindiendo del círculo de las especulaciones filosóficas, la Prensa política, que en todas esas grandes ramas del divino y humano saber puede muy bien propagar, sostener y difundir á sabiendas errores y absurdos, de los que puedan lógicamente surgir el



descreimiento, la indiferencia y el escepticismo que matan la vida y el espíritu de las sociedades, será inmoral defendiendo doctrinas y aconsejando procedimientos que, ora con ruda franqueza, ora con una táctica más ó ménos hábil, se opongan á la independendencia de la Patria, madre cariñosísima, á quien todos sus hijos deben querer y respetar, estando prontos á perder por ella sus haciendas, á derramar por ella su sangre, á inmolar en sus aras la propia vida.

Si atacar directa ó indirectamente la independendencia nacional es crimen gravísimo en que pueden incurrir, desgraciadamente, alguno ó algunos órganos de la Prensa de un país, delito grave será tambien, aunque en grado inferior, defender causas que lastimen la honra y el decoro de la Nacion, prohijar intereses particulares que estén en contraposicion con los legítimos intereses generales de un Estado, por la sencilla razon de que aquellos intereses así prohijados son bastardos, ilegítimos, censurables y evidentemente inmorales desde el momento en que se demuestra con claridad que pugnan con el bien general, con los altos intereses de la Patria. Se hallan tan á la vista estos escollos, en que puede naufragar la moralidad de la Prensa, que sería molesto ampliar las consideraciones á que se prestan, porque, para no reconocerlo así, preciso es padecer miopía intelectual, enfermedad que no se puede curar, inspirando lástima y compasion los desgraciados á quienes aqueje.

Opónese asimismo al respeto que deben inspirar, y á la influencia moral que sobre sus lectores deben ejercer los periódicos, la costumbre y el hábito de dedicar una parte más ó ménos considerable de sus columnas, no á discurrir sobre materias que tengan reconocida importancia en el orden práctico ó en el especulativo, sino á la difamacion ó á la injuria y calumnia, término y fin, por lo comun, de polémicas y debates en que dominan, más que los argumentos y las



razones, la pasión, el amor propio exagerado ó el reprehensible interés de anonadar, desprestigiándole, al adversario que hace sombra, que estorba é impide, sin saberlo quizás, el logro de ambicionados puestos, de honores inmerecidos, de vanas distinciones.

Y cuando un periódico no lanza por sí á la publicidad hechos de la vida privada, cargos y acusaciones que, con fundamento ó sin él, puedan herir y lastimar á clases, á corporaciones ó á personas, el sagrado de cuyo prestigio, de cuya vida interior, de cuyo hogar debe respetarse con gran discrecion, puede faltar á la moral acogiendo con ligereza rumores y murmuraciones que no se sabe de dónde vienen ni á qué móviles indignos obedecen, tomándolos de otros periódicos, dando versiones diferentes, añadiendo detalles y circunstancias que aumentan y hacen crecer la especie, como bola de nieve, hasta convertirse en voluminosa mole que aplaste á aquellos en cuyo daño se ha forjado con aviesa y maligna intencion.

Y no he de hablaros de los abusos del noticierismo, que tanta alarma puede llevar á veces al seno de tranquilas y honradas familias, de importantes colectividades, de regiones enteras, ora dando pábulo á invenciones que sirven de base á cábalas y jugadas bursátiles, en que nada ganan y mucho pueden perder el crédito público y el privado, ora cuando, por medio de una descripcion minuciosa y detallada de espectáculos repulsivos, de crímenes repugnantes, de reprobables extravíos ó de raptos de locura que conducen al suicidio, *pone de moda* ciertas maneras de cometer actos semejantes, estimulando á la imitacion por la fama verdaderamente triste que proporcionan. ¡Que á tal grado llega la debilidad humana, cuando se excita, se hiere y se impresiona viva y profundamente la imaginacion de seres que se hallan en circunstancias excepcionales, ya porque sean víc-



timas de sus propios errores y excesos, ya porque, cebándose en ellos la desgracia y el infortunio, les falta el temple de alma y la necesaria energía para sufrirlo, para padecerlo, para soportarlo con valor y con resignacion!

Y de las faltas y de los ataques injustificados á las autoridades y á los poderes, á quienes, si no debe tenérseles aquel temor servil de pasados tiempos, débeseles guardar, en cambio, una respetuosa consideracion, fundada en el convencimiento racional de la importancia de sus funciones, hechos son que no necesito estudiar ni exponer detenidamente, despues de haber sido este punto magistralmente agotado por el Sr. Romero Robledo, quien, al desarrollar, con motivo de la inauguracion del curso anterior, la tesis interesantísima en la actualidad *De los delitos de la palabra*, ha enriquecido los Anales de esta Academia y ha añadido un floron más á su celebridad y reputacion de hombre eminente, de pensador serio y de orador brillante, leyendo un discurso cuya profundidad de ideas y cuyas bellezas literarias, aunque esté muy léjos de admitir todas sus conclusiones, no puedo ménos de admirar, como lo han admirado y aplaudido cuantos han saboreado su fondo y su forma, así amigos como adversarios.

Fundándome en aquel conocido proverbio de las escuelas: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, tengo por censurable y peligrosa la adhesion absoluta é incondicional que á las colectividades, agrupaciones y partidos políticos prestan algunos de sus órganos en la Prensa, siguiéndoles en todas sus vicisitudes, así prósperas y honrosas, como lo son brillantes campañas, nobilísimos procedimientos, altos servicios y grandes merecimientos, ya en las desfavorables y poco o nada dignas, como lo son los extravíos, la ceguedad y la obstinacion antinacional y antipatriótica.

Renuncio á dar á este trabajo proporciones superiores,



ajenas á mis propósitos, absteniéndome de entrar en otras muchas cuestiones más ó ménos relacionadas con el aspecto moral de la Prensa política. Pero si de ellas prescindo, porque las más importantes han de ocupar la atención de la Academia, cuando tenga lugar la discusión, que, ya adversa, ya satisfactoria, honrará siempre á esta pobrísima Memoria, ántes de cerrar esta serie de consideraciones, debo tratar una muy especial, que no debe ser preterida, deteniéndome en su exámen, que bien lo merece, ya por ser, á juicio mío, de gran alcance, ya porque no tengo noticia de que haya sido abordada de frente ni en el libro, ni en la tribuna, ni en el periódico: me refiero á las sérias reflexiones que debe inspirar la existencia de una clase que lleva el nombre de escritores de oficio, periodistas de profesion. Aunque podía haberme hecho cargo de ella al estudiar la vida económica de la Prensa, donde, en parte, se explica el origen y nacimiento de esa clase, como no se la puede despojar de su carácter moral, más importante que el económico, de intento la he dejado para este lugar, dispuesto á emitir noble, franca y lealmente mis convicciones y mi modo de ver en esta materia.

Suele hacerse una distincion entre los políticos escritores y los escritores políticos, dándose el primer nombre á aquellos que, profesando las ideas, principios y procedimientos de una escuela ó de un partido político determinado, defienden constantemente con ardor y con fe los ideales de su escuela y las soluciones de su partido siempre que escriben sobre problemas sociales y políticos; siendo conocidos con la otra denominacion aquellos que ponen su pluma al servicio de todo el que les paga, dispuestos á someterse á las condiciones que les impongan el propietario, la empresa ó el inspirador de la publicacion, cuyo salario reciben, al modo que por el precio cambiaban de bandera antiguamente



los hombres de armas, y en tiempos más próximos los suizos, soldados mercenarios de todos los ejércitos y guardianes pagados de todas las majestades de Europa.

Cuanto es el respeto que aquéllos me inspiran, tanta es la censura de que considero merecedores á éstos, sin que les sirva de excusa la necesidad de capitular con su conciencia, para poder vivir, ante las exigencias de los que, así como les rebajan retribuyéndoles mezquinamente, así tambien les denigran y deshonoran haciéndoles incurrir en la más inmoral de las prostituciones, en la prostitucion de la humana inteligencia.

La expresion es fuerte y dura y enérgica la calificacion; pero siendo, en mi concepto, merecida, la mantengo y la mantendré hasta tanto que se me demuestren su inexactitud é impropiedad.

Porque yo entiendo por prostitucion intelectual el abuso consciente y deliberado de la inteligencia, especialmente cuando ha sido cultivada; y nada hay que se haga con más perfecto conocimiento ni con libertad más completa que esa obligacion contraida y ese compromiso adquirido de escribir con criterio impuesto, aunque no sea el del escritor, aunque se oponga diametralmente á las ideas, á los principios y á las convicciones del mismo, si por acaso las tiene. Digo *si por acaso las tiene*, porque ese hábito de escribir con arreglo á ajenas inspiraciones hace ó puede hacer que se apodere la duda del entendimiento del escritor, viniendo á lanzarle en un escepticismo desconsolador que le convierte ó en una especie de memorialista, ó, echándole en brazos de un grosero positivismo, le trasforma en materia dúctil para todo.

Cuando á tal extremo llega su degradacion, préstase fácilmente á combatir las instituciones vigentes, aunque estén basadas en los principios de la más estricta justicia, aun cuando su estabilidad y consolidacion convengan á los altos



intereses y á la prosperidad nacional. Entónces ataca á las personas que impiden su medro, aunque sean dignas de la mayor consideracion por sus virtudes públicas y privadas, por el exacto y fiel cumplimiento de sus deberes en el servicio de la Nacion. Entónces eleva hasta las nubes y prodiga todo el incienso y los aromas todos de la Arabia en aras de medianías ó nulidades de quienes cree poder esperar ó temer algo en un porvenir más ó ménos próximo. Y, por fin, uniéndose á otros de índole moral semejante, constituyen una especie de sociedad de socorros mutuos, de mutuas alabanzas, que al fin y á la postre forman, para algunos, pedestales que les hacen subir á alturas que nunca podrían ganar siguiendo la vía recta de la conciencia y de la probidad profesional que, más que ninguna otra, necesita la verdadera clase de los dignos escritores públicos.

La Prensa política que aliente y sostenga á escritores de esa índole producirá la perturbacion en el orden político y administrativo, sirviendo de escabel para que algunos, muchos quizás, sin las debidas condiciones y merecimientos, siendo verdaderos *sofistas políticos*, lleguen á desempeñar elevados cargos y á ocupar puestos altísimos, á la sombra de los que procuran atender á su propio provecho y conveniencia ántes que al bien comun.

Será muy cómodo y muy socorrido abandonar una redaccion donde se ha defendido el ultramontanismo más intolerante y exagerado, para tomar plaza en otro periódico cuyas columnas estén destinadas á difundir y propagar las soluciones más intransigentes, más extremas, más radicales. Será muy socorrido y muy cómodo cantar hoy las alabanzas de la Monarquía, y hacer mañana el panegírico más entusiasta de las instituciones republicanas. Útil y provechoso será defender con ardor desde las columnas de un diario ministerial los actos del Gabinete, y luégo, á los pocos momen-



tos, componer un artículo de violenta y sañuda oposicion. Pero, francamente, á pesar de la comodidad, del provecho y de la utilidad, los que eso hagan, los que así cultiven su pluma, no son, no serán, nunca pueden ser celebrados y aplaudidos, á no ser que se borren de la conciencia individual y social la idea y el sentimiento del decoro y de la dignidad; por la sencilla razon de que hay perfectísimo derecho para dudar de su sinceridad y buena fe, para desconfiar de la nobleza de sus propósitos y de la rectitud de sus intenciones, lo mismo cuando defienden que cuando atacan y combaten instituciones, ideas, principios, doctrinas, procedimientos y personalidades determinadas.

De los tres aspectos bajo los que pueden descubrirse puntos negros, ó, mejor dicho, manchas en el sol social llamado Prensa, si no el más importante, sin disputa el más saliente de todos, es el intelectual, con tanta mayor razon, cuanto que los lectores ilustrados se fijan principalmente en la manera de presentar, así en cuanto al fondo como en cuanto á la forma, las cuestiones múltiples que trata, ora sencillas, ora complejas. De aquí que no sea fácil la empresa de redactar bien un periódico, de merecer el honroso nombre de periodista, título á que no puede aspirar cualquiera, porque los buenos trabajos periodísticos exigen, bajo el doble punto de vista indicado, condiciones indispensables, cuales son: una instruccion profunda, una vasta erudicion, y no elementales, sino verdaderos y sólidos conocimientos literarios.

Para plantear convenientemente y resolver bien, en cuanto al fondo, los infinitos problemas del órden social, político, civil, mixto de espiritual y temporal, económico, etc., que surgen constantemente en las sociedades modernas, hay necesidad de tener ideas claras, conocimientos más que ordinarios en todas las ciencias que forman y constituyen el grupo de las llamadas morales y políticas. La Jurispruden-



cia en sus vastísimos horizontes, la Metafísica en sus dilatados confines, la Historia universal y patria, desde la edad antigua al período contemporáneo, y la Geografía en todos sus aspectos, son las fuentes donde hay que tomar los puntos, los términos y los extremos, así como la relacion y el vínculo que les une, y de lo que resultan esos problemas. Y sin saber aplicar muy bien las reglas y preceptos de la Lógica, es difícil, si no imposible, formar buenos racionios, excelentes argumentos, cumplidas demostraciones, que así manifiesten á las claras la verdad de las soluciones defendidas, como pongan al descubierto los fundamentos delezna- bles y sofísticos de las soluciones contrarias.

Para dar á la exposicion de ideas, de doctrinas, principios ó procedimientos una expresion propia, exacta, bella y elegante que, á la vez que hable con fuerza al entendimiento de los lectores convenciéndoles, interese la imaginacion y el sentimiento de los mismos conmoviéndoles, deleitándoles, hasta persuadirles, es necesario, es indispensable poseer bien la Gramática nacional, haber profundizado en los estudios de Literatura general y patria, conociendo las ricas joyas que, así en tiempos anteriores como en los coetáneos, hayan elevado el propio idioma á su mayor altura y perfeccion, enriqueciéndole con voces y términos, con hermosos giros y bellas y elegantes construcciones. En resúmen; la redaccion de un periódico, para que, por su fondo y por su forma, responda á lo que debe ser, exige conocimientos enciclopédicos y vocacion especial en los escritores, que deben considerar su ocupacion, más que como industria y *modus vivendi*, como difícil ministerio, como sacerdocio augusto.

Descendiendo del ideal á la práctica, de lo poético y sublime á la prosa de la realidad, puede muy bien ocurrir, y quizás suceda con más frecuencia de lo que sería de desear, que la redaccion de algunos periódicos se resienta en cuanto



al fondo, por estar encomendada, en virtud de causas más ó ménos relacionadas con su vida económica y moral, á personas más audaces que ilustradas, más que profundas locuaces. Así, nada tiene de particular que en sus columnas se vean tratadas de cualquier manera, cuando alguna vez se toman como materia de discusion, las más arduas cuestiones, los problemas más importantes de la alta Política, revelando una ignorancia supina, no sólo acerca de la relacion que debe existir entre los términos de esas cuestiones y de esos problemas, sino acerca del concepto, de la significacion propia de esos términos cuya nocion clara y definida en el órden científico pasa para los autores de esos escritos completamente desapercibida. Y digo *cuando alguna vez se toman asuntos de esa índole como materia de discusion*, porque suelen ser más del agrado de tales redactores las cuestiones personales, el culto exagerado, casi idolátrico, á determinados personajes, la crítica enconada y acerba de algunas otras individualidades, exhibiéndolas, trayéndolas y llevándolas, sacándolas á plaza en todos sus actos públicos y privados, comentando sus palabras, interpretando su actitud, de modo que para éstas sea todo desfavorable y para aquéllos todo aparezca lisonjero y halagüeño.

Si esto puede ocurrir en la seccion política y doctrinal, tambien suelen descubrirse linares de monta en la seccion de crítica y en la parte recreativa: respecto á la primera, hay la costumbre de atender *à priori* al nombre del autor y al grado de simpatía ó de amistad que con él tenga el crítico, dando escasa importancia al mérito intrínseco de las producciones, resultando de aquí que las apreciaciones obedezcan á un criterio tan infundado como parcial. En cuanto á la parte recreativa, ¡qué revistas algunas que salen á luz en períodos determinados y en señalados días! ¡qué novelas y qué traducciones de novelas las que, de vez en cuando,



aparecen por los folletines de periódicos que alcanzan gran circulacion!

Por lo que hace á la forma, en los periódicos que así desatienden el fondo, sería pedir imposibles pretender que sus redactores se propongan seguir los derroteros trazados por los grandes clásicos, que son como los grandes faros que iluminan los escollos y los arrecifes de las lenguas.

Una fraseología especial, elástica como la goma, convenientemente adaptable á los casos y á las circunstancias que se presenten; audacia para inventar frases *sui generis*, poner en moda ciertos neologismos, giros y construcciones exóticas, sin pararse á examinar si con ello sale ganando ó perdiendo la riqueza y elegancia de su propio idioma, son las cualidades que, en concepto de algunos, bastan para merecer la consideracion de verdaderos periodistas, cuyos juicios y cuyas afirmaciones debe admitir y respetar el vulgo de los mortales, del mismo modo que los buenos católicos se someten de buen grado á los cánones de los Concilios y á las definiciones *ex cathedra* de los Romanos Pontífices.

Y si se van á examinar los títulos con que tales periodistas, cuya humildad y cuya modestia corren parejas con su saber, pretenden asumir una influencia superior á todo, fallando sobre Ciencias, sobre Literatura, sobre Artes, Industria y Comercio, los ménos, ó se han quedado á la mitad de una carrera, ó, si han logrado un título académico, no sirven para desempeñar las funciones correspondientes; los más, sin haber visitado las aulas de Enseñanza superior, pasando por los grados de *plazas montadas*, de gacetilleros, de cronistas de viajes, crímenes, catástrofes y saraos, llegan al cargo eminente de recoger *impresiones* en los centros administrativos y en los círculos políticos, haciéndose eco de lo que se dice sobre la actitud de este ó aquel personaje, de lo que



se susurra sobre candidaturas, nombramientos, dimisiones y cesantías. Así, prácticos y expertos en la esgrima política, en los cabildeos y en las intrigas que se elaboran y desarrollan en la oscuridad, entre bastidores, codeándose con los jefes de los partidos, con los oradores eminentes y con las personas de influencia, se forman un estilo para hablar y escribir *con sombra* sobre eso que se llama *política menuda*, alardean de estar en el secreto de todo y, protegidos y elevados por amistades y relaciones poderosas, logran un día tomar asiento en las Asambleas legislativas, ocupar destinos de importancia y sentarse en un sillón ministerial, alcanzando el nombre y la fama de grandes hombres sin necesidad de haber hecho estudios serios en nada, con sólo poseer á la perfección un desahogo y una desenvoltura especiales que, en nuestros pueblos de Castilla la Vieja, se conoce con la gráfica denominación de *gramática parda*.

No merecerá, por lo tanto, el nombre de seria la Prensa cuya vida intelectual depende de escritores y redactores de este temple, de sabios de tanta talla, de ilustraciones de oropel, cuyas elucubraciones producirán una sonrisa desdeñosa, ó despertarán más bien un sentimiento de tristeza, en las personas verdaderamente instruidas y honradas, para quienes no puede ménos de ser lamentable que *entes* tan vacíos influyan, figuren é intervengan en la marcha de los asuntos públicos de su país.

Puestos de relieve los puntos negros [que pueden empañar el brillo de la Prensa, con toques quizás muy naturalistas y á lo Zola, lo que debeis explicaros por la impresion fuerte y vivísima que me producen, y de ninguna manera porque sea de mi agrado la escuela literaria que personifica hoy el famoso novelista francés, autor de obras tan conocidas como *Nana* y *L'Assommoir*, acaso muchos de vosotros me considereis enemigo acérrimo de esa institucion,



exagerando el alcance de mi crítica y haciéndola pasar por verdaderamente hostil. Mas yo debo recordaros, á los que así me juzgueis, que no es amigo verdadero de la Prensa aquel que oculta el mal que puede remediarse y la adula servilmente prodigando elogios á todo, buscando interesadas alabanzas y haciéndose cómplice de los que por vía semejante caminan con rapidez al desprestigio de esa misma Prensa. Yo, como amigo verdadero y cariñoso, advierto lealmente lo que me parece censurable, á la manera que el médico-cirujano que de veras quiere la salud de su cliente descubre la llaga para poderla curar y combatir más pronta y radicalmente.

Si de mis consideraciones anteriores, mal formuladas ó no bien comprendidas, resulta que aparezco como adversario enconado de la Prensa, ahora, cuando examine el anverso de la medalla, cuando presente á vuestra vista su faz luminosa, cuando haga, desde luego con mejor intencion que buen éxito, su verdadera apología, señalando su mision verdadera, se me hará justicia, conociendo hasta dónde llevo mi cariño, mi respeto y mi entusiasta admiracion hácia la Prensa que sabe, puede y quiere ser digna, independiente y representacion genuina de las ideas, de los intereses y de las nobles aspiraciones de un pueblo.

Ahí está el ideal de la Prensa, el fin nobilísimo que debe proponerse, la mision altísima que debe realizar, en lo posible, en toda la medida de sus fuerzas, de sus recursos, de sus elementos.

Ó la Prensa no es nada, no significa nada, no merece la consideracion de una de las principales, la primera de las manifestaciones, el eco más fiel de los latidos de la verdadera opinion pública, ó es el primero de sus deberes conocer á fondo y reflejar con exactitud, sin vacilaciones ni apasionamientos, las ideas y los sentimientos de ese país, estu-



diando lo que esas ideas y esos sentimientos tienen de justo, de noble, de respetable, de digno de ser tenido en cuenta por los legisladores y por los hombres que están al frente de la Administracion.

Para cumplir ese sagrado deber no basta, no, formular juicios y hacer apreciaciones desde la Capital, donde suelen verse las cosas y estimarse los hechos á traves de un prisma engañoso que, ora abulta, ora disminuye la importancia y la trascendencia de las necesidades que se dejan sentir en las distintas regiones de la Nacion, así en las apartadas, en las que se hallan en los extremos, en los puntos más distantes, como en las inmediatas á la residencia del Poder supremo. Ni basta tampoco tener en cuenta el criterio que informa las cartas remitidas por los corresponsales, por los hijos del país y por los naturales de las diversas zonas, á quienes el excesivo amor á sus localidades puede fácilmente ofuscar y hacer incurrir en exageraciones que, por exceso ó por defecto, alteran la verdad.

Es necesario que las empresas periodísticas envíen de cuando en cuando, con frecuencia, á recorrer determinadas comarcas á personas ilustradas y competentes, que con imparcialidad, con juicio sereno y desapasionado estudien de cerca esas necesidades, viendo por sí mismas, sobre el terreno, hasta qué punto son urgentes los remedios, oyendo y consultando cómo piensan y cómo sienten las diversas clases sociales, desde la más elevada á la más humilde, desde los favorecidos de la fortuna [hasta los que tienen que vivir con el producto escaso de su trabajo material, aquilatando con ánimo tranquilo las opiniones [de todos y separando lo que en ellas haya de equitativo, de razonable y de fundado, formulen desde las columnas de los periódicos juicios acertados que no dejen lugar alguno á la duda, á la incertidumbre, para despues, resumiendo y sintetizando esos juicios,



deducir y presentar el modo verdadero de sentir y de pensar de una nacion en circustancias concretas, en momentos dados, en determinadas épocas.

De la misma manera pesa sobre la Prensa la obligacion de poner de manifiesto, sin temor de ningun género ni respeto á consideraciones particulares que puedan herir más ó ménos susceptibilidades de personas, de clases, de localidades y de intereses dados, las preocupaciones absurdas, los errores notorios, los organismos viciosos, las instituciones perjudiciales que están en lucha con los preceptos de la justicia, de la ley, de la moral, de la equidad, de la conveniencia y del interes general bien entendido.

Atacar esas preocupaciones, combatir esos errores y desarraigar vicios inveterados é instituciones anómalas, obra es que requiere un elevado criterio que se sobreponga á las miserias y pequeñeces en que han de apoyarse los que se sientan lastimados; empresa ardua es, que necesita y requiere una energía especial para salvar los obstáculos que han de suscitar los que medran á la sombra de todos esos abusos; fin nobilísimo es, por último, que precisa y exige una constancia vigorosa para continuar un día y otro día eficaces campañas que lleguen á obtener señalados triunfos y victorias gloriosas, que activen, favorezcan y aceleren la marcha progresiva de la Nacion por la ancha vía del bienestar material, moral é intelectual.

Claro está que puede haber, y habrá, preocupaciones, errores y vicios, que estén profundamente arraigados en la conciencia del pueblo por causas históricas, por antiguas tradiciones, por grandes intereses creados, sostenidos y alimentados á la sombra de semejantes corruptelas. En tales casos, no es obra de un día hacerlos desaparecer; ni sería conveniente proponer medidas enérgicas para extirparlos, porque la aplicacion de remedios violentos puede causar



males más hondos, mayores perturbaciones que las que se intenta combatir.

Entonces, cuando la vía recta no puede ni debe seguirse, es indispensable adoptar la curva, empleando una táctica especial, una hábil estrategia que, sin perder de vista las enseñanzas de la Ciencia y la luz que despiden los ideales, tenga presentes las circunstancias de la realidad y busque la armonía posible entre esos dos elementos, procurando avanzar debilitando convenientemente el vigor y la fuerza de esas preocupaciones, de esos errores, de esos vicios, hasta que, convencida, ilustrada y persuadida la mayoría de los ciudadanos, caigan por su propio peso en la sima del olvido, destruidos por el desprecio ó condenados por la reprobación universal.

Con ser tantas las dificultades, con ser tan grandes los obstáculos que hay que vencer para que la Prensa pueda, si no realizar, aproximarse al ménos, en cuanto le sea dado, al logro de esos fines que acabo de expresar, tienen esos dos puntos una ventaja notoria sobre el tercero que, en union de ellos, constituye su mision. Y esa ventaja consiste en que, procediendo de buena fe, no dejándose llevar de los entusiasmos irreflexivos de escuela y de partido, pueden convenir más fácilmente los distintos órganos de la Prensa, así acerca de lo que siente y piensa la mayoría del país sobre las cuestiones del momento, sobre los grandes problemas que envuelven un especial interes de actualidad, como sobre las preocupaciones, los errores y los absurdos que, ya rápida, ya lentamente, conviene atacar y destruir. Y cuando esa conformidad y ese acuerdo unánime no existan, sino que sobre esos hechos y sobre las causas de que son efecto y sobre los remedios que deban aplicarse surjan discrepancias, siempre será menor el número de las opiniones y de los dictámenes que se emitan desde las columnas de los periódicos que



cuando se trate del porvenir mirando á los ideales; porque allí son hechos concretos, y ante la realidad no caben distinguos ni interpretaciones convencionales, ó se les niega, cerrando los ojos á la luz del día, ó se les acepta tales cuales son.

Pero cuando hay que mirar al porvenir, adelantándose á estudiar los problemas de importancia vital que pueden presentarse, reclamando una solución más ó menos pronta, entónces brota la lucha de las escuelas, de los partidos, y se hace más difícil ilustrar convenientemente la opinión pública para que, sin trastorno, sin violencias y con el menor daño posible en los que sientan lastimados derechos adquiridos, se adopten determinaciones oportunas, se formulen proyectos y se sancionen leyes que vengán á satisfacer nuevas necesidades, nuevas y legítimas exigencias, á que dan vida y calor el movimiento constante de las sociedades y el impulso que las mismas reciben de la ley providencial del Progreso humano.

Criterios diversos, principios diametralmente opuestos, la intolerancia y el exclusivismo de ideas absolutas, así por parte de los que rinden culto fervoroso á la tradición, siendo enemigos declarados de toda innovación, sólo por el hecho de ser innovación, como del lado de los que aspiran á transformar el orden social destruyendo todo lo que tiene su origen en el pasado, sea ó no justo, conveniente, útil y provechoso, riñen fiera y descomunal batalla, ensordecen con su algazara y griterío, oscurecen la atmósfera, al modo que la marcha de grandes ejércitos levanta espesa polvareda ó el choque de enemigas huestes cubre el horizonte de humareda densísima.

En tales circunstancias, no apasionarse y no dejarse arrastrar por alguna de las poderosas corrientes que se disputan la preponderancia y el predominio exclusivo, es poco



ménos que imposible; y, tomando cartas en el debate y en la polémica el amor propio, las simpatías, las afecciones, los compromisos y hasta los antecedentes personales del escritor, éste siente más que raciocina, y, empujado por emociones irresistibles, fácilmente se ofusca y, ora quiere la conservacion de todo lo existente en toda su extension, con sus males, con sus vicios, con sus defectos, sacrificando el ideal á la realidad, ora pretende y se esfuerza por que el país se amolde á constituciones formadas *à priori*, sacrificando la realidad al ideal.

Estos dos escollos, que, á semejanza de Scylla y Caribdis, atraen con poderosa atraccion, especialmente en esos períodos de intranquilidad, de desasosiego, de transicion, cuando las sociedades se sienten aquejadas de un malestar profundo, síntoma evidente de que no descansan sobre bases firmes y de que necesitan un cambio de postura, colocan en gravísimo peligro de zozobrar á los periódicos más serios, haciéndoles perder la brújula en momentos dados y navegar en tinieblas, sin timon, con rumbo incierto, como bajeles que, azotados por recia tormenta, maltrechos y desarbolados, sirven de juguete á las revueltas olas del Océano.

En tan angustiosos instantes, en situacion tan apurada, un esfuerzo poderoso y enérgico puede salvarlos de los horrores de un naufragio completo, cual es el esfuerzo de prestar oído atento y dócil á la voz del patriotismo; y asiéndose á ese nobilísimo sentimiento, como á tabla de salvacion, mirando á la viva luz de ese brillantísimo faro el estado verdadero de las cosas; apoyados en el firmísimo terreno del cumplimiento de los deberes sacratísimos que la Patria impone á todos sus hijos, prescindirán generosamente de lo absoluto de los principios que profesan; transigirán, sin menoscabo de su decoro, con acierto y oportunidad; y, cuando no sea posible, sin amontonar ruinas ni hacinar escombros y



verter ríos de sangre hermana, alcanzar el triunfo completo de las doctrinas y de los procedimientos en cuya certeza y absoluta bondad, abstractamente consideradas, creen con verdadera sinceridad y con el más íntimo convencimiento, buscarán la justicia y la conveniencia relativas.

De este modo fortalecidos y vigorizados en medio de tanta incertidumbre, con la calma y la sinceridad que son posibles entre el fragor de la pelea y el estruendo del combate, darán la preferencia al punto de vista práctico sobre el especulativo; aceptarán, no lo que sea intrínsecamente mejor, sino lo que sea más hacedero, y no dirán, como los utopistas que viven fuera del mundo real: *Sálvense los principios, aunque perezcan las colonias*, sino que su lema será el que debe ser: *Sálvense las colonias: que los principios, si tienen eficacia y virtualidad propias, triunfarán cuando deban triunfar, cuando suene el momento crítico en el reloj de los tiempos.*

Pudiera ampliar considerablemente lo expuesto acerca de las fases, de los tres aspectos, cuya síntesis viene á formar el verdadero objetivo, el verdadero ideal y la misión verdadera de la Prensa; pero son tan claras y tan evidentes las consideraciones que acabo de expresar, que estimo inútil reforzarlas y dar á esta parte de la Memoria mayor extensión de la que tiene.

Pero, si bien no hay objeciones serias contra semejantes afirmaciones bajo el punto de vista teórico, quizá haya algunos que tengan por visionarios, por soñadores y utopistas á los que juzgamos posible que la Prensa política realice en su mayor parte ese nobilísimo fin, fundándose para ello en que no paramos bastante la atención en los grandes recursos pecuniarios y en las condiciones excepcionales que deben reunir los directores y redactores para que la organización y la vida de la Prensa respondan á tan



altos propósitos y estén en armonía con empresa tan colosal.

La respuesta es obvia en lo relativo á la cuestion económica. Basta tender la mirada por las naciones más adelantadas de Europa y América, para que los que ménos creen en la facilidad de que al fomento y desarrollo de la Prensa se destinen grandes capitales, se convenzan de ello recordando los elementos poderosísimos de que disponen en los Estados-Unidos, en Inglaterra y en Bélgica, para no citar más países, periódicos cuyos nombres sería ocioso mencionar ante un auditorio como éste, tan competente é ilustrado.

En nuestra misma patria, en España, todos conocemos publicaciones periódicas que, léjos de escatimar recursos ni detenerse ante gastos de mayor ó menor consideracion, no perdonan sacrificios, y llegan hasta la prodigalidad, cuando así lo exigen la necesidad y las circunstancias. Sin que la alusion ceda en desprestigio ni en menoscabo de los demas, uno hay de breve historia, por su corta existencia, que data de ayer, por decirlo así, cuyo propietario, persona dignísima que honra á la aristocracia española, ha empleado sumas que entre nosotros merecen el nombre de fabulosas, tratándose del destino que han tenido, logrando que ese periódico, bajo el punto de vista concreto que estoy examinando, se haya colocado, si no á la cabeza, indudablemente al nivel de los que ocupan los primeros puestos, así por los elementos con que cuentan, como por la organizacion que les da una reconocida superioridad.

Es, pues, este argumento del calibre de aquellos que contra el movimiento se formulaban ante el filósofo griego, quien, para refutarlos cumplidamente, sin desplegar los labios poníase á pasear con la mayor sencillez.

Más grave, más seria y mayor es la dificultad en la parte



que se refiere á las condiciones excepcionales de los directores y redactores.

No porque sea exiguo el número de las personas ilustradas y dignísimas que en cualquiera de las naciones civilizadas estén á la altura de cargo tan honroso é importante; sino porque, dada la manera de ser del mayor número de los pueblos regidos por instituciones liberales, no existe línea divisoria entre los escritores y los políticos militantes, siendo unos mismos hombres los que sucesiva ó simultáneamente escriben y desempeñan, ya puestos eminentes en la Administracion, ya altos cargos políticos, ya la representacion de distritos ó de colectividades de diversos órdenes en los Cuerpos Colegisladores, tomando una participacion activa en la vida de agitacion y de incesante movimiento que caracteriza la Política moderna.

Y si existen fronteras que separen esos dos campos, son tan fáciles de salvar, que, si hay algunos escritores que se contenten con la gloria que sus escritos pueden darles, y se conformen con los emolumentos y con las comodidades que de ese modo exclusivo puedan proporcionarse, son tan pocos, que, no sólo no forman clase, sino que ni aún constituyen excepcion.

Salvo un reducido número de esclarecidas individualidades, la regla general es que todos los que esgrimen las armas nobilísimas del periodismo invadan los confines de la Política activa, ya porque ésta les ofrezca en ménos tiempo una posicion más desahogada de la que se puede adquirir con lo poco que generalmente produce la pluma, por ilustre y eminente que sea, ya porque los puestos, los honores y las condecoraciones les halaguen más que esa otra aureola purísima que el respeto, la admiracion y el entusiasmo ciñen á las sienes de aquellos que con sus trabajos de gabinete alcanzan la gloria de que sus contemporáneos, y la posteridad



despues, les consideren como profundos pensadores y como escritores clásicos.

Este hecho, que no se puede negar, porque está á la vista de todo el mundo, priva al mayor número de los que brillan por los fulgores y destellos que brotan de sus trabajos periodísticos de aquella imparcialidad, de aquel desapa-sionamiento, de aquella serenidad de ánimo, rectitud de juicio y sinceridad de intencion que se avienen mal con los propios intereses, aún los más puros, con la propia ambicion, aún la más loable, y son del todo incompatibles con la concupiscencia, con el amor propio excitado, con el inmoderado afan de obtener el triunfo cuanto ántes, aún cuando al interes general no convenga, y con la satisfaccion de vencer á los adversarios, haciéndoles bajar desde *las delicias de Capua*, desde las alturas del poder, al ingrato campo de la oposicion, hasta las penalidades y fatigas de una peregrinacion erizada de dificultades á traves del *Sahara*.

Ensánchense esas fronteras, elévense las vallas que deben separar la esfera de accion en que se mueve el hombre político del círculo en que debe girar el escritor, ya ofreciendo á éste posicion más cómoda y más aceptable porvenir, ya refrenando convenientemente la concupiscencia, la ambicion y la codicia que fácilmente despiertan la confusion y los vaivenes de los partidos políticos militantes, y el milagro se habrá realizado, y la Prensa será representacion fiel de lo que piensa y siente la mayoría del país; destruirá en lo posible los errores y preocupaciones de la Nacion, y por último mirará con calma el porvenir, adelantándose á estudiar fundamentalmente los problemas que puedan presentarse, meditando con detenimiento y ofreciendo como resultado feliz de esas meditaciones los proyectos más adecuados, las soluciones más convenientes.

Este medio eficaz de levantar la importancia y el pres-



tigio de la Prensa es de aplicacion general á todos los pueblos, y muy particularmente á España, cuyo ardor meridional tanto se presta á la confusion de esferas y de aptitudes.

No es esto decir que no haya aquí periódicos bien redactados y mejor dirigidos: los hay ciertamente, y todos los conoceis sin que yo os los cite, limitándome únicamente á colocar entre ellos el periódico á que ántes aludí, que abre sus columnas á todas las manifestaciones razonables, á todas las reclamaciones justas; que, independiente de verdad, es defensor constante é incansable de las clases contribuyentes, yendo en este punto quizá más allá de lo debido, olvidando alguna vez las obligaciones y los derechos de que el Estado no puede prescindir, lo cual es disculpable desde luego por representar una reaccion legítima á favor de esas clases, en este bendito país, general y frecuentemente desatendidas y olvidadas.

¡Qué poder el de la Prensa cuando dirige su rumbo por esos derroteros, cuando tiene conciencia de su mision y se propone con voluntad firme y decidida realizarla en lo posible, sin arredrarse por grandes que sean los obstáculos y las dificultades que le salgan al paso para impedir empresa tan generosa, fin tan noble, tan elevados propósitos!

¡Desgraciadas las naciones que, sumidas en la abyeccion de la esclavitud política, y dominadas por poderes autocráticos, no pueden manifestar lo que quieren, ni descubrir las necesidades que les aquejan, ni reclamar, con la fuerza que dan el derecho y la justicia, aquellas reformas que su miserable estado exige!

¡Afortunados, en cambio, los pueblos cuyas instituciones descansan sobre la ancha base de las formas parlamentarias lealmente aplicadas, donde imperan en estrecho consorcio unidas la justicia y la libertad!

En esos Estados, sea cuál fuere su forma de gobierno,



ya se hallen regidos por instituciones monárquicas, ya obedezcan á instituciones republicanas, que las formas á la luz de la Ciencia son meramente accidentales, dependiendo su bondad y su conveniencia de circunstancias de suyo mudables y pasajeras, es grandísima la influencia, es inmenso el poder de la Prensa que señala y determina, recordándolos é invocándolos oportunamente, los deberes y los derechos que corresponden á las autoridades y á los súbditos, ya conforme á la legislación vigente ó positiva, ya con arreglo á los principios de equidad. Fundándose en el texto de la ley, racionalmente interpretada, cuando su sentido no es tan claro que deja lugar á dudas y ambigüedades, hace caer el peso de sus censuras, de sus cargos y de su reprobación, lo mismo sobre las personas que, escudadas con su alta posición, se permiten abusos de autoridad y se extralimitan en el ejercicio de sus funciones, que sobre los súbditos que resisten al cumplimiento de sus deberes, á la observancia de los preceptos sancionados que tienen fuerza de obligar. Sin arrogancia, con todo el respeto y todos los miramientos debidos á la Autoridad, cualquiera que sea su categoría, puede y debe llamarle la atención acerca de la ineficacia de ciertos decretos, sobre la improcedencia de resoluciones determinadas, sobre los perjuicios, los abusos y los atropellos que á la sombra de ciertas disposiciones de índole especial pueden cometerse, y de hecho se cometen, en todos los órdenes y en todas las esferas, lo mismo en la esfera del Poder legislativo, que en la del Poder ejecutivo, que en la del Poder judicial.

¡Asombra pensar, juzgando por los hechos que en estos tiempos de publicidad se denuncian diariamente en número considerable, lo que habrá sucedido en aquellas épocas pasadas, en que, no sólo no se podía escribir, ya porque aún no se había descubierto la admirable y trascendentalísima



invencion de Guttenberg, ya porque la inmensa mayoría de los ciudadanos no supiesen leer, sino que ni aún se podía hablar por el temor servil á los poderes constituidos, en cuyas férreas manos reconcentrábanse facultades ilimitadas é inverosímiles que, á impulso de ciegos caprichos, de miserables pasiones penetraban sin escrúpulo alguno en el santuario de la conciencia individual y condenaban y perseguían y martirizaban, sin apelacion y sin defensa, por simples é infundadas sospechas, por leves indicios, por interesadas y malévolas denuncias, que las más de las veces, que siempre eran anónimas y carecían del valor y de la respetabilidad que nacen de ir autorizadas con el nombre y con la rúbrica de una persona siempre dispuesta á responder en todo tiempo y lugar de sus actos, á sufrir las consecuencias de su proceder, ya se funde en razones y móviles atendibles, ya esté inspirado por leves y fútiles pretextos, por maligna y dañada intencion!

De igual manera, y de modo semejante, con el mismo derecho que arranca de los cimientos sólidos y firmísimos en que descansa la humana razon, que son los grandes principios del derecho natural, á cuya norma debe ajustar su conducta, en cuanto sea posible, la Prensa, puede y debe censurar, puede y debe reprender, puede y debe combatir con entereza y con energía las pretensiones y las exigencias ilegítimas é injustas de las clases poderosas, de las muchedumbres extraviadas, de las masas imponentes que, confiadas en su número y en su fuerza material, quieran é intenten hacer prevalecer su voluntad convirtiéndola en ley, mejor dicho, en parodia de ley, que no merece este nombre lo que, aún cuando sea la expresion de la voluntad de los más, no se funde en los principios de la justicia absoluta ó relativa.

Importa y conviene mucho fijarse bien en este poder que



acabo de asignar á la Prensa; porque si hoy poco ó nada hay que recelar de la lisonja, de la adulacion y del servilismo hácia los reyes, los príncipes y las autoridades que ya no son, que no serán, que nunca podrán ser lo que fueron entiempos más tristes para la humana especie, hay mucho que temer de la lisonja, de la adulacion y del servilismo, no hácia el pueblo, sino hácia la plebe, hácia el populacho, cuyos apetitos, cuyos instintos y cuyas extraviadas tendencias y aspiraciones, convenientemente alhagadas, fácilmente pueden servir de escala para tomar por asalto posiciones que, una vez tomadas por medios tan viles, contribuyan á esclavizar, no sólo á esa misma plebe, á ese mismo populacho, sino al verdadero pueblo, á la sociedad entera.

La historia enseña en páginas elocuentísimas, que deben no olvidarse por las lecciones provechosas que contienen, que el absolutismo y la tiranía pueden nacer y surgir lo mismo de las extralimitaciones del gobierno personal que de los excesos de la demagogia y del imperio de las turbas. Igualmente se puede llegar al despotismo en nombre del *derecho divino* de los reyes que con la bandera de la *soberanía nacional*, cuando por tal se entiende simplemente la expresion de la voluntad de los más, sea ó no razonable lo que ese mayor número quiera y pretenda.

Es, pues, innegable ese poder y esa autoridad de la Prensa, así enfrente de las supremas potestades como enfrente de las muchedumbres y de las masas.

Verdad es que no tiene sancion coercitiva, que no dispone, como aquéllas, de bayonetas, de cañones, de infantería, caballería, artillería y guardia civil. Verdad es, que, en ocasiones supremas, tendrá que ceder, y cederá, ante el empuje de la ola humana, mil veces más terrible que los huracanes y las tormentas del irritado Océano.

sup Cuando las potestades supremas, ya porque no com-



prendan lo fundado de ciertos consejos y de ciertas advertencias, ya porque cierren conscientemente los ojos y los oídos á la luz y á los acentos de la razón; quieran y se obstinen en saltar por cima de la justicia y de la conveniencia, *velando la estatua de la Ley*, arrastradas por la arbitrariedad podrán ahogar la voz de la Prensa con multas, suspensiones, castigos personales y supresiones *ab irato*; mas todas esas medidas, por grande que sea su duración, no matarán, no, ciertamente á la Prensa, que, amordazada, pero no vencida, á la corta ó á la larga conseguirá hacerse oír, logrará el restablecimiento del imperio de la ley, de la razón y de la justicia; y en nombre de tan altos principios, esas potestades arbitrarias, si no se hunden violentamente y con ruidoso estrépito, caen silenciosamente, como hojas secas á impulso de otoñales brisas, llevándose tras sí la más merecida condenación de la posteridad y de la Historia.

Cuando las multitudes, seducidas y engañadas por ilusorias perspectivas que les hacen entrever un tránsito rápido de su triste situación hasta los esplendores del lujo, de la abundancia y del *confort* — pase el galicismo, — arrojándose, como aludes que descienden desde la cima de las montañas, ó como torrentes que impetuosos inundan la campiña y el valle, asolando y destruyendo cuanto encuentran á su paso, desoyen por más ó ménos tiempo la voz de la cordura que les llama desde las columnas de la Prensa, y en momentos dados asaltan sus domicilios, y en medio de su exaltación y de su furor bestial rompen y destrozan máquinas, tipos, moldes y todo cuanto hallan, los periódicos necesariamente enmudecen; pero calmado el paroxismo de su fiereza, que dura ménos que las sublimes tempestades del orden físico, obedecen más pronto al llamamiento de la justicia, se avergüenzan de sus horrores, exigen sangrienta responsabilidad á los que de ellas han abusado, y muestran una pena y un arre-



pentimiento, de que no suelen dar testimonio aquellos que desde las alturas del Poder provocan las grandes conmociones populares, las grandes revoluciones.

Ved, pues, cómo la Prensa política, realizando en lo posible su misión, es el más alto poder moral, el más alto poder moderador entre todos los demás poderes humanos y temporales, suavizando la aspereza de los de abajo, haciendo que obedezcan, movidos por el convencimiento y la persuasión, influyendo en los de arriba, para que, ilustrados, dirigidos y bien aconsejados, cuando no cohibidos por el temor á funestas consecuencias, no emprendan derroteros peligrosos, retrocedan á tiempo cuando por sendas inciertas y oscuras han entrado, y si, tenaces y obstinados, rehusan contenerse dentro de sus límites naturales, acelerando el movimiento poderoso y eficaz del instinto de conservación, que caigan por fin vencidos á la postre, condenados por la opinión, aborrecidos por sus errores y por los daños y los perjuicios á los verdaderos y legítimos derechos é intereses generales de la Patria.

Tal es el sentido en que el poder de la Prensa debe imponerse á todos los demás Poderes, siendo el primero, el principal, aquel en el cual los demás deben inspirarse.

No lo dudeis, señores Académicos: así debe ser, y así será algún día; y cuando ese momento llegue, habrán tocado las sociedades la meta y el límite de la mayor prosperidad y bienestar posibles, asemejándose — permitidme que, para terminar, me valga de un símil que expresa fielmente mi pensamiento, — asemejándose el Estado á una gran pirámide, cuya base, en el más estable de los equilibrios, la constituya el pueblo, tomada la voz en su acepción más filosófica, ó sea el conjunto de todas, absolutamente todas las clases sociales; cuyo centro (el racional que sobre el matemático no están acordes los geómetras) ocupen los poderes y las autoridades legítimas



segun el derecho constituido, y derramando sobre la base y sobre el centro torrentes de luz y de calor que disipen por doquier las tinieblas y lleven á todas partes el movimiento, la animacion y la vida, cual sol esplendente que todos sientan y que todos vean, la Prensa política allá en lo alto, en la cima, en la cúspide.

HE DICHO.



















